

TOCQUEVILLE  
Y SU TIEMPO

Rodríguez Iturbe, José Benjamín

Tocqueville y su tiempo / José Benjamín Rodríguez Iturbe.

--Bogotá: Editorial Temis, 2015.

392 páginas; 24 cm.

Incluye índice.

ISBN 978-958-35-1085-4

1. Tocqueville, Alexis de, 1805-1859 - Crítica e interpretación
2. Tocqueville, Alexis de, 1805-1859 - Pensamiento político y social
3. Libertad 4. Estado social de derecho I. Tít.

320.01 cd 21 ed.

A1514417

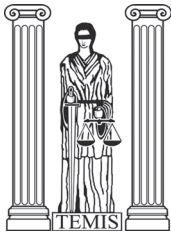
CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE  
Profesor Titular de la Universidad de La Sabana

# TOCQUEVILLE Y SU TIEMPO

ELEMENTOS PARA SU RELECTURA

Prólogo de  
RAFAEL ÁLVIRA DOMÍNGUEZ



EDITORIAL TEMIS S. A.  
Bogotá - Colombia  
2015



Universidad de  
**La Sabana**



### ANTES QUE EL LIBRO CIENTÍFICO MUERA

El libro científico es un organismo que se basa en un delicado equilibrio. Los elevados costos iniciales (las horas de trabajo que requieren el autor, los redactores, los correctores, los ilustradores) solo se recuperan si las ventas alcanzan determinado número de ejemplares.

La fotocopia, en un primer momento, reduce las ventas y por este motivo contribuye al aumento del precio. En un segundo momento, elimina de raíz la posibilidad económica de producir nuevos libros, sobre todo científicos.

De conformidad con la ley colombiana, la fotocopia de un libro (o de parte de este) protegido por derecho de autor (copyright) es ilícita. Por consiguiente, toda fotocopia que burle la compra de un libro, es delito.

La fotocopia no solo es ilícita, sino que amenaza la supervivencia de un modo de transmitir la ciencia.

Quien fotocopia un libro, quien pone a disposición los medios para fotocopiar, quien de cualquier modo fomenta esta práctica, no solo se alza contra la ley, sino que particularmente se encuentra en la situación de quien recoge una flor de una especie protegida, y tal vez se dispone a coger la última flor de esa especie.

- © José Rodríguez Iturbe, 2015
- © Universidad de La Sabana  
Campus del Puente del Común  
km 7 Autopista Norte de Bogotá  
Cundinamarca, Colombia  
Tel: 571-8615555. Ext: 45001  
[www.unisabana.edu.co](http://www.unisabana.edu.co)
- © Editorial Temis S. A., 2015.  
Calle 17, núm. 68D-46, Bogotá.  
[www.editorialtemis.com](http://www.editorialtemis.com)  
[gerencia@editorialtemis.com](mailto:gerencia@editorialtemis.com)

Hecho el depósito que exige la ley.  
Impreso en Editorial Nomos S. A.  
Carrera 39B, núm. 17-85, Bogotá.

ISBN 978-958-35-1085-4  
2827 20150057450

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, por medio de cualquier proceso, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Esta edición y sus características gráficas son propiedad de la Universidad de La Sabana y de Editorial Temis S. A.

*A Antonio Sánchez García,  
dilecto amigo,  
buscador de la verdad,  
veterano en destierros*



# ÍNDICE GENERAL

	PÁG.
Introducción .....	1
CAPÍTULO I	
SU VIDA	11
CAPÍTULO II	
CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE SU OBRA	
1. “La democracia en América” .....	23
2. “Estado social y político de Francia antes y después de 1789” .....	26
3. “El Antiguo Régimen y la Revolución” .....	28
4. “Consideraciones sobre la Revolución. Desde su inicio hasta la caída del Imperio” .....	33
5. Los “Recuerdos” .....	35
CAPÍTULO III	
TOCQUEVILLE EN LA HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA	
6. La historiografía romántica .....	39
7. De Tocqueville a Jaurés .....	41
8. De Cochin a Furet .....	45
9. La Revolución y el catolicismo francés .....	48
CAPÍTULO IV	
LAS HERENCIAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA	
10. Novedad y Revolución .....	51
11. La doble herencia de la Revolución francesa .....	53

## CAPÍTULO V

## TOCQUEVILLE, EL LIBERAL

	PÁG.
12. El liberalismo “sui generis” de Tocqueville.....	61
13. Tocqueville y la historia política coetánea a él .....	62
14. El historiador de “la libertad posible” .....	63
15. El rechazo del determinismo histórico.....	64

## CAPÍTULO VI

## TOCQUEVILLE Y LA HISTORIA

16. Historia y política.....	67
17. Elementos sociológicos y comprensión histórica .....	69
18. Las paradójicas notas distintivas del fenómeno revolucionario.....	70

## CAPÍTULO VII

REFLEXIONAR SOBRE EL PASADO  
PARA COMPRENDER EL PRESENTE

19. El marco histórico de “El Antiguo Régimen y la Revolución” .....	75
20. Antagonismo estamental y lucha de clases .....	76
21. Las reformas y el bienestar en las fuentes de la Revolución. La distinta vi- sión de Michelet y Tocqueville .....	78
22. Absolutismo, radicalismo, cesarismo.....	79
23. La visión de “El Antiguo Régimen y la Revolución” .....	82

## CAPÍTULO VIII

## LOS ESCRITOS MENORES

24. El estado social y político de Francia antes y después de 1789 .....	85
25. Considérations sur la Révolution. Depuis son commencement jusqu’à la chute de l’Empire .....	89
26. La violencia revolucionaria.....	90
27. El Directorio y Bonaparte en las Consideraciones.....	96

## CAPÍTULO IX

1848: FRANCIA Y LA LLAMADA “PRIMAVERA  
DE LOS PUEBLOS”

28. Las causas múltiples.....	103
-------------------------------	-----



	PÁG.
29. Liberalismo y democracia. “Socialismo utópico” y el socialismo marxista.	105
30. El factor económico .....	106
31. La Revolución de 1848 en Francia.....	107
32. La derivación bonapartista .....	112

CAPÍTULO X

EL DISCURSO PROFÉTICO

33. ¡Dormimos sobre un volcán!.....	116
34. Consideraciones sobre el Discurso.....	122
35. Política de extremos o de centro .....	124
36. Orden social y armonía política .....	126
37. Vicios políticos y desorden social .....	127

CAPÍTULO XI

BALANCE DE LA REVOLUCIÓN DE 1848

38. “Consideraciones sobre la Revolución” .....	129
39. “Souvenirs” (1850-1851). De la Monarquía de Julio a Napoleón III .....	130

CAPÍTULO XII

POLÍTICA, POLÍTICOS Y PARTIDOS

40. La base antropológica .....	142
41. Los políticos sin principios .....	145
42. Los partidos .....	149
43. La política como artesanía de la libertad.....	152
44. El “homo politicus” y el “homo ethicus” .....	154
45. La política norteamericana en los “Cuadernos” de viaje .....	156
46. Grandes y pequeños partidos políticos.....	157
47. La libertad de asociación y la libertad de prensa .....	160

CAPÍTULO XIII

COMPRENSIÓN FENOMENOLÓGICA  
Y TIEMPOS DE CRISIS

48. El miedo a la historia.....	168
49. Vivir en la verdad y conciencia ciudadana.....	170
50. La angustia en el presente y el temor frente al cambio .....	171
51. No hay partido revolucionario al margen de las mayorías.....	173

## CAPÍTULO XIV

## POLÍTICA: ARTE Y CIENCIA

	PÁG.
52. La oposición organizada y el equilibrio democrático .....	177
53. Ciencia de la política y arte del gobierno.....	178
54. La función política de los intelectuales.....	183

## CAPÍTULO XV

## VISIÓN DE LA RELIGIÓN

55. El “Siglo de las Luces” .....	193
56. Del deísmo al ateísmo .....	195
57. El paso al ateísmo.....	198
58. La “Enciclopedia” .....	201
59. La ilustración alemana .....	204

## CAPÍTULO XVI

## LA HUELLA DE ROUSSEAU

60. El iusnaturalismo racionalista y el individualismo de Rousseau .....	207
61. “Emilio” .....	210
62. “Del Contrato Social” .....	213
63. Anti-politicismo y anti-representación.....	215
64. La voluntad general.....	216
65. Hegel y Rousseau .....	223
66. El Estado de Naturaleza .....	226
67. La soledad rousseauiana .....	229

## CAPÍTULO XVII

## LAS SOCIEDADES DE PENSAMIENTO

68. Cochin y las sociedades de pensamiento .....	235
69. La fanatización política como sustitutiva de la religión.....	239
70. Las sociedades secretas .....	241

## CAPÍTULO XVIII

## LA RELIGIÓN Y LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS

71. La religión en la democracia en América I (1835).....	246
72. La religión en la democracia en América II (1840).....	253
73. La religión en el Antiguo Régimen y la Revolución.....	257

CAPÍTULO XIX

EL EJÉRCITO Y LA GUERRA

	PÁG.
74. Francia fue hecha a golpes de espada .....	270
75. Ejército y guerra en “La Democracia en América” II (1840) .....	275
76. Ejército y guerra en “Consideraciones sobre la Revolución” .....	278

CAPÍTULO XX

LA ESTRUCTURA ESTAMENTAL  
Y EL INICIO DE LA REVOLUCIÓN

77. París y las Provincias .....	286
78. La variación de la relación estamental del siglo XIV al siglo XVIII.....	288
79. Burguesía y Nobleza. La distinción amigo-enemigo .....	289
80. La Nobleza: ni “imperium” ni “auctoritas” .....	290
81. Falta de libertad y antagonismo estamental en la muerte del Antiguo Régimen	292
82. El marco histórico: de los Estados Generales a la Asamblea Nacional .....	293
83. La mentalidad estamental al inicio de la Revolución. La especial referencia al clero.....	296
84. De la toma de La Bastilla a la Constitución de 1791 .....	299

CAPÍTULO XXI

LA DICTADURA DE LAS MAYORÍAS  
Y OTROS RIESGOS

85. La discriminación racial.....	303
86. El riesgo de la prosperidad.....	304
87. La plutocracia.....	304
88. La aristocracia inglesa y la francesa.....	305
89. El patriotismo.....	306
90. La tiranía de la mayoría.....	307

EPÍLOGO

ENTRE LA LIBERTAD Y EL DESPOTISMO

91. La igualdad y el Derecho como garantía frente a privilegios .....	315
92. La libertad sin límites genera la anarquía .....	317
93. Areté, sociedad democrática y praxis política.....	318
94. Hegel, Tocqueville y la sociedad civil .....	320
95. Hegel, Gramsci y Tocqueville .....	327
Cronología.....	331
Bibliografía .....	347
Índice de autores .....	365



## PRÓLOGO

El estudio de la política despierta, según sea el plano en el que se coloca la mirada, diferentes tipos de interés. Las narraciones de sucesos y situaciones suscitan curiosidad; la historia política es —si está bien hecha— aleccionadora y fundamental para mejorar la prudencia de gobierno; la sociología política puede ser útil para la acción política inmediata; la psicología política es instrumento de valor para la formación del gobernante; la filosofía política educa estadistas; etc. La política genera pasión, pues afecta a lo profundo de nuestras vidas, y por eso mismo profunda decepción cuando nos sentimos engañados en ella.

El conocido esquema de KUHN sobre el avance de la ciencia puede ser aplicado también a la política. Se diseña un gran *paradigma* y dentro de él, con su lógica inherente, se van desarrollando de modo creciente sus posibilidades intrínsecas, hasta que se llega al tope del paradigma. En ese momento, ya no cabe el avance dentro: es menester cambiarlo, dar el salto y diseñar uno más amplio y más profundo.

A finales del siglo XVIII, se produce el último gran cambio de paradigma político que ha vivido la humanidad. El *Ancien Régime*, es decir, la Alianza entre el “Trono y el Altar” realizada de diversa manera en la tradición francesa-continental, y en la anglosajona, se ve sustituido —tras las revoluciones americana y francesa— por la democracia. Ningún cambio fundamental se ha dado desde entonces.

Así, como las formas del *Antiguo Régimen*, es decir del *Absolutismo monárquico*, tenían estilos diferentes en la línea inglesa y en la francesa, también las respectivas revoluciones y las subsiguientes democracias tuvieron estilos distintos.

No es posible, sin embargo, a mi modo de ver, dejarse engañar por las apariencias: los estilos son diferentes, pero la base filosófica-política es la misma, por más que esta tesis sea controvertida. Y la base es la misma porque los elementos fundamentales en ambas democracias son iguales: el modo radical —individualista autónomo— de entender la libertad; el radicalismo de la igualdad matemáticamente entendida; la fraternidad como sustituto de la paternidad; la soberanía popular en lugar de la monárquica; la desconexión entre religión y política (que no es lo mismo que entre Estado e Iglesia); la consolidación del Estado (que se quiere mínimo en América y, en general, grande en Europa) como ente político.

Es menester, de todos modos, antes de seguir adelante, subrayar que la revolución democrática no se hizo contra lo que idealmente se ha llamado la Monarquía Tradicional, sino contra la Absoluta, es decir, contra una forma ya *moderna* de concebir la política. Como suele ocurrir, aquí historiadores y filósofos de la política muestran desacuerdos, pero ello es inevitable. Históricamente los cambios son *graduales*. Hay elementos del viejo sistema tradicional que permanecen y

hay elementos del nuevo sistema que ya apuntaban antes. “Así es la vida”. Pero por debajo de esas gradualidades se va preparando el *cambio de paradigma*. De pronto, todo es muy parecido externamente a ayer, pero todo ha cambiado, porque las semillas ya no son las mismas, el paradigma ha cambiado.

La idea de *soberanía* absoluta del poder político es clave y es moderna. El Antiguo Régimen la aplica ya, pero todavía le quedan muchas formas del pasado. La Revolución —tras la *crítica burguesa* a la monarquía absoluta— introduce definitivamente y con toda fuerza el nuevo paradigma. A partir de ese momento se trataba de desarrollar sus potencialidades, las potencialidades de la democracia. Esa ha sido la historia de América y Europa —y poco a poco del mundo entero— desde entonces. El énfasis anglo-americano en la libertad y el europeo en la igualdad no solo tiene una explicación en los diferentes estilos aludidos, sino también en las *condiciones* en las que ambas formas viven. América tiene espacio y riqueza. Quiere por ello, en primer lugar, libertad. Europa tiene poco espacio y menos riqueza. Quiere con más ansia la igualdad. América es país de colonos; Europa de gente asentada. No se puede colonizar sin familias; el estar asentado favorece también a la familia. Por eso, un sistema que no toma en cuenta a la familia, como la democracia nacida de la Revolución, ha tenido la suerte durante mucho tiempo de seguir contando con ella. La aristocracia y la Iglesia, sin embargo, empezaron a pagar muy pronto las consecuencias del nuevo sistema. Poco a poco, también la escuela.

Por si fuera poco la industria y los nuevos inventos técnicos, colaboraron a favor del nuevo sistema. La industria ya no se relaciona con familias sino con individuos; y no de forma personal, sino por contrato. Las nuevas técnicas mejoran enormemente el transporte y las comunicaciones y, con ello, la *movilidad* de la población, la cual a su vez favorece la realización del proyecto político individualista.

Como queda dicho, al principio la familia no nota demasiado el cambio; la aristocracia sí, pero muchos supieron —perdido el uso del título y los privilegios— recuperar la riqueza; la Iglesia mucho, pero tenía y le quedaban muchas reservas. Con todo, poco a poco el nuevo paradigma se va imponiendo en todos los estratos, desde su posición de poder y por las circunstancias, que le eran favorables.

El problema se plantea sobre todo al principio en los medios cristianos. La Iglesia católica no compartía ninguno de los principios y elementos fundamentales de la revolución. Entendía la libertad y la igualdad de diferente manera; la paternidad era básica para ella; la soberanía no podía estar más que en Dios. Además, se vio dura e injustamente atacada. Pero el nuevo paradigma, desde el poder, va logrando extender un nuevo ambiente en sociedad, y el ambiente es el factor clave, el aire que se respira cultural y espiritualmente. Por ello los católicos, incluida la jerarquía misma, van buscando modos de poder respirar.

La “democracia cristiana” entendida en general, y no estrictamente como partido, poco a poco se va convirtiendo en la fórmula con la que los católicos quieren asimilarse a los nuevos tiempos por modo de superación: se sostiene que el cristianismo, y en particular la Iglesia católica, es quien ha introducido la mayor

fuerza de libertad en la historia, y el que más se ha ocupado del bien común. Por consiguiente, no solo no tiene que pedir perdón por entrar en la democracia, sino que incluso se atreve a proclamarse —con JACQUES MARITAIN— el verdadero y único garante de ella.

Y, con todo, desde el punto de vista de los hechos, el problema clave no es que la democracia pase por *una* crisis —muchos además lo niegan, a pesar de los múltiples indicios que parecen aseverarlo—, pues todo en la vida pasa por ellas. El problema es que, por primera vez, empieza a sospecharse que el paradigma democrático está llegando a su límite, y que por tanto se pide un cambio de paradigma.

A un pensador tan profundo, tan experimentado y sincero como JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE no podía pasar inadvertida esta situación. Y resultado de ello es este precioso libro sobre *Tocqueville y su tiempo* que ahora presenta al público lector. No es ninguna casualidad que RODRÍGUEZ ITURBE haya elegido como compañero de viaje para mostrar toda su preocupación, a un pensador como ALEXIS DE TOCQUEVILLE.

En efecto, ha elegido a la figura que mejor ha conocido el nuevo paradigma en sus inicios, y que —justamente por ello— previó los problemas que podían presentarse, los cuales no solo han hecho aparición, sino que han ido más lejos de lo que el propio TOCQUEVILLE podía imaginar. ¿Cómo podía él sospechar, por ejemplo, que el desarrollo de las técnicas biológicas pretendiese dar la posibilidad de “elegir” el sexo como “suprema forma” de libertad e igualdad personal y social?

Respecto al crucial problema de la democracia actual, la posición de RODRÍGUEZ ITURBE es inequívoca: hay que salvarla. Y ello no por un acto de voluntarismo o de apasionamiento político, sino por la convicción de la bondad de sus virtuales. Pero salvarla significa que es preciso repensarla. Hace falta encontrar el modo de evitar lo que más temía el pensador normando, o sea que el nuevo sistema destruya la libertad, que es sin embargo su concepto básico, aunque su pasión básica —como él tanto subraya— sea la igualdad, y a la vez dejar de lado la utopía igualitarista —que acaba en estatalista y totalitaria— para entender la igualdad como justicia, atención al bien común y solidaridad.

No se trata simplemente de hablar de política, ni de pensarla solo en abstracto, ni de considerar como la mayoría de los políticos actuales que todo se arregla con acciones de gobierno, ni de ser un olímpico intelectual crítico, sino que se trata de pensar los fundamentos de nuevo con el fin de orientar eficazmente una acción política que no sea una vez más de corto alcance. Según se solía contar, cuando los turcos conquistaron Constantinopla encontraron allí a un grupo de intelectuales discutiendo sobre el sexo de los ángeles; lo que no añade la historia es que encontraron también a un grupo de políticos que llevaban bastante tiempo disputándose el poder y ocupándose solo de cuestiones inmediatas. La democracia es hoy la Constantinopla sitiada.

Pensar a fondo para orientar la acción política implica un planteamiento a la vez filosófico, histórico y sociológico, unidos a una experiencia de gobierno. Todos esos elementos —aunque en diferente medida, como muestra el libro— se

encuentran en ALEXIS DE TOCQUEVILLE y por tal razón nadie mejor que él para servir de apoyo en esa tarea, que es la de RODRÍGUEZ ITURBE. Él es un político venezolano de renombre y con larga experiencia nacional e internacional, un destacado profesor universitario de Filosofía del Derecho, hombre de vastos conocimientos humanísticos y amplia formación cultural. Es, sobre todo ello, una persona de enorme integridad y de juicio profundo, sereno y certero.

Las páginas de este libro dejan translucir todas esas facetas. La riqueza de citas y material científico es impresionante y la pluma de alta calidad literaria. Los objetivos perfectamente claros, pues el libro se puede leer tanto como una defensa de la verdadera democracia como una exposición profunda del pensamiento de TOCQUEVILLE en su contexto. La temática se desgrana al hilo del diálogo de un espíritu noblemente aristocrático —TOCQUEVILLE y RODRÍGUEZ ITURBE— con un mundo políticamente nuevo, en el que se ven grandes posibilidades y grandes peligros. Una democracia que había dejado atrás siglos de —en no pocas ocasiones— mal entendido paternalismo, de inmovilismo social, excesivo peso del pasado y durísima estratificación, sustituida por un sistema que abría múltiples puertas a millones de personas que las tenían cerradas, no infrecuentemente además de modo injusto.

La democracia presentaba un conjunto de propuestas, no pocas de las cuales tenían sentido en el contexto de su tiempo y que, con todo, podían provocar, por el mal entendido radicalismo con el que los padres de la revolución entendieron los conceptos clave de ella, la instauración de un paradigma que acabaría mostrando su imposibilidad.

Escribir un libro de rigor científico, que ayuda a mejorar el saber, como es este, significa ya una aportación de gran interés. Si además insinúa cómo orientar el camino político para encontrar soluciones sólidas y esperanzadoras en un momento tan trascendental como el nuestro, entonces se trata ya de una aportación de valor incalculable. Son muy pocos los capaces de afrontar esta tarea. Y en este libro, de lectura apasionante y enriquecedora, se afronta con brillantez.

RAFAEL ALVIRA DOMÍNGUEZ

Profesor emérito de la Universidad de Navarra



## INTRODUCCIÓN

El tiempo de TOCQUEVILLE fue un tiempo borrascoso. Quizá sin las convulsiones del momento revolucionario que vivieron sus padres. Pero fue un tiempo en el cual la cultura dominante seguía siendo, con sus variantes, la misma que marcó el siglo XVIII y la Revolución de 1789. La impronta cultural del llamado *Siglo de las Luces* se extendió, en mixtura con el positivismo comtiano, a lo largo del siglo XIX, generando la cristalización histórica de una modernidad de ruptura. TOCQUEVILLE pertenece a ese tiempo. Y, sin embargo, en aspectos importantes no solo no constituye expresión ideológica de él, sino que su pensamiento posee, por el contrario, destacados aspectos que sirven para su crítica y su lógica y adecuada superación.

Los textos de TOCQUEVILLE deben ser leídos y valorados teniendo en cuenta su contexto histórico. Deben ser leídos buscando extraer enseñanzas para nuestro presente, que dista mucho de ser una balsa de aceite. Hay que comprender a TOCQUEVILLE, conociendo su tiempo. Y hay que aprender de TOCQUEVILLE, buscando en su obra luces que alumbren la difícil marcha en un tiempo de sombras. Por eso, la intención de estas páginas no es otra que dejar al lector elementos válidos para su relectura.

La lectura de TOCQUEVILLE suele comenzar (y a veces, para algunos, terminar) con *La Democracia en América*. Esa fue la obra que, en su primer volumen de 1835, resultó un éxito editorial y le lanzó a la figuración destacada en el mundo de la intelectualidad francesa. La aparición del segundo volumen, en 1840, no tuvo el mismo impacto; y, sin embargo, para algunos estudiosos de su obra, tiene mayor densidad conceptual y profundidad de análisis que el primero.

Es un lugar común señalar el rasgo sociológico de *La Democracia en América*. En su viaje a Estados Unidos con su amigo BEAUMONT, TOCQUEVILLE observó, anotó, comparó. Fue el suyo un detenido proceso de análisis de la realidad social y política; de diálogo con personajes de variado tipo, de indagación fundada en la lectura de libros y periódicos, de reflexión sobre una sociedad polimórfica, atrayente y novedosa en todo para él.

La observación sociológica es, sin embargo, solamente la superficie, la epidermis, de la obra intelectual de TOCQUEVILLE, cuyo esfuerzo se orientó, en esencia, a buscar, conocer y comprender lo medular de un proceso que había afectado de manera muy grande la vida de Francia y de todo el llamado Occidente: la Revolución francesa, que estalló en 1789. Esa Revolución

significó el parto doloroso de las sociedades democráticas y el archivo del Antiguo Régimen en el desván de la historia. La averiguación de sus causas —sociales, económicas y políticas— marcó la actividad intelectual de TOCQUEVILLE, que deseaba llegar, más allá de la apariencia fenoménica, a captar, entender e interpretar lo medular de la Revolución, como proceso; y de la democracia, como fenómeno igualitario distintivo de los tiempos nuevos.

Ayudar a ver a TOCQUEVILLE en su tiempo significa, pues, procurar conocer el marco cultural de referencia para valorarlo en el contexto de las ideas que predominaban en su tiempo. No fue ajeno a ellas. Más aún, puede decirse que las mismas incidieron, en mayor o menor medida, en la elipse de su vida. Quienes fijan su atención en los aspectos sociológicos de su obra han destacado, con propiedad, la relación de su trabajo con el de MONTESQUIEU [1689-1755]. No solamente el MONTESQUIEU de *El Espíritu de las Leyes*, sino también el de las *Consideraciones sobre la Grandeza y la Decadencia de los Romanos*; mucho más que el de las *Cartas Persas*<sup>1</sup>. Del pensamiento de MONTESQUIEU diera la impresión que tomó esa moderación y la visión de la corrupción en el seno del cuerpo político, que CÉLINE SPECTOR considera uno de los rasgos distintivos del autor de *El Espíritu de las Leyes*<sup>2</sup>.

También la coetaneidad y la temática estamental, así como el lenguaje empleado, ha dado lugar al estudio de la relación entre los planteamientos teóricos de MARX [1818-1883] y TOCQUEVILLE. No ha tenido, a mi entender, el mismo relieve la consideración del pensamiento de TOCQUEVILLE en relación con el de ROUSSEAU; y la visión de la sociedad civil, desde su óptica, en comparación con la de HEGEL [1770-1831] y con la del neomarxismo de GRAMSCI [1891-1937].

Por eso se dedica al pensamiento de ROUSSEAU todo un capítulo (*La huella de Rousseau*). Se desea que la comparación permita al lector deducir lo acertado o no de las coincidencias (menores) y diferencias (mayores) que se señalan entre TOCQUEVILLE y ROUSSEAU. Será en el epílogo donde se realice, con las limitaciones del caso, lo mismo respecto a HEGEL y GRAMSCI, respecto de la sociedad civil.

El pensamiento ilustrado influyó, sin duda, en TOCQUEVILLE. En su forma de pensar y de vivir. No es ajena la *Weltanschauung* ilustrada a la crisis religiosa que le acompañó, alejándole de practicar su fe católica originaria, hasta 1848. Es llamativo, sin embargo, su enfoque de la religión, tanto en los años en los cuales se consideró agnóstico, como en aquellos en los cuales escribió habiendo recuperado ya la fe y procurando adecuar su conducta a ella. Por

<sup>1</sup> Cfr. sobre MONTESQUIEU, JEAN LACOUTURE [1921], *Montesquieu, les vendages de la liberté*, Paris, Éd. du Seuil, 2003; PIERRE GASCAR [1916-1997], *Montesquieu*, Paris, Flammarion, 1989; DOMENICO FELICE [1947], *Introduzione a Montesquieu*, Bologna Cooperativa Libraia Universitaria Ed. [CLUEB], Bologna, 2013.

<sup>2</sup> Cfr. CÉLINE SPECTOR [1972], *Montesquieu: liberté, droit et histoire*, Paris, Michalon, 2010.

eso, resulta de singular importancia la consideración de la influencia social de la creencia religiosa que se encuentra en todos sus escritos, pero singularmente en aquellos donde destaca la importancia de la religión para el mejor cimiento de la vida política democrática, considerando que no solo no obstaculiza, sino que facilita y profundiza la convivencia democrática y la solidez de las instituciones que deben darle vida.

Así, la laicidad que puede encontrarse en TOCQUEVILLE es la que modernamente suele llamarse *laicidad positiva*. Su postura resulta difícilmente identificable con la *laïcité* francesa que, hecha política de Estado en el siglo XIX, como seudoreligión republicana, no oculta sus fuentes históricas en el jacobinismo inspirado en ROUSSEAU y en el positivismo de AUGUSTE COMTE [1798-1857]. A decir verdad, esa *laïcité* solamente se abrirá cauce cuasi dogmático en la vida pública francesa en el tiempo gris de la III República, con personajes como JULES FERRY [1832-1893] y EDGAR QUINET [1803-1875], de notable influencia sobre todo en la política educativa. Con esa *laïcité* lindante con un fundamentalismo secularista no tiene TOCQUEVILLE nada que ver. El sectarismo ideológico-político de sus ponentes quedó claro, en su finalidad de exclusión de los creyentes de la educación y de la vida pública, en la intervención de JULES FERRY en el Senado, en la sesión del 31 de mayo de 1883. “Nosotros —dijo— hemos prometido la neutralidad religiosa. Pero no hemos prometido ni la neutralidad filosófica ni la neutralidad política” (*Nous avons promis la neutralité religieuse, nous n’avons pas promis la neutralité philosophique, pas plus que la neutralité politique*)<sup>3</sup>. En realidad, la neutralidad religiosa nunca fue tal ni en los *philosophes* del siglo XVIII, ni en los abanderados de la *laïcité* a fines del XIX. Esa “neutralidad” fue el ropaje de aparente *politesse* del sectarismo anticlerical, del irrespeto al creyente, procurando arrinconarlo en una minusvalía social y política. Tal postura resulta diametralmente opuesta a la sostenida, en la teoría y en la práctica, por ALEXIS DE TOCQUEVILLE.

Fue, sin embargo, TOCQUEVILLE una *rara avis* en la intelectualidad y en la política de su tiempo. Liberal no jacobino; con crisis de fe religiosa aunque siempre respetuoso de la creencia y de los creyentes; alérgico a las ficciones rousseaunianas, que terminaban por justificar un despotismo como vía para superar otro despotismo. TOCQUEVILLE fue enemigo de aquellos que afirmando el fin de los dogmatismos religiosos en nombre de la razón, en nombre de esta pretendían imponer con violencia dogmatismos políticos. TOCQUEVILLE fue, sin duda, un personaje excepcional y un pensador cuya honradez intelectual le llevó siempre a nadar contra corriente.

<sup>3</sup> Citado por THIBAUD COLLIN [1968], *Quel enseignement morale dans une société laïque?*, págs. 71-85, en “Laïcité. La démocratie sans l’homme”, en la revista trimestral *Liberté Politique*, núm. 24 [Hiver 2003-2004], Paris, diciembre 2003, págs. 71-141. La cita de FERRY está en las págs. 74-75.

Cuando la cultura dominante estaba signada por ficciones que sustituían a la nobleza por el engreimiento de los *philosophes*, TOCQUEVILLE se mostró partidario de una libertad con igualdad y justicia, adversario de una libertad ilusoria, que provocaba el parto de un monstruo, el de la libertad liberticida. Esa *élite* ilustrada fue una *élite*, que aspiraba no tanto a los privilegios de la antigua nobleza, sino a constituirse en la aristocracia intelectual omnipotente rectora de los destinos de todos. Los *philosophes* se consideraron a sí mismos poseedores y administradores de la razón. Posesión monopolística, no compartida en cuanto la misma otorgaba posición rectora, social y política. Ellos constituían (al menos se consideraron así) la nueva aristocracia del pensamiento, prepotente, soberbia, con desprecio no oculto hacia aquellos que no compartían su visión del mundo y de la vida. Como dice la canción de un personaje de VÍCTOR HUGO [1802-1885] en *Los Miserables* (obra publicada en 1862), “*C’est la faute à Voltaire [...] C’est la faute à Rousseau*” [Es la culpa de VOLTAIRE [...] Es la culpa de ROUSSEAU]<sup>4</sup>. La Revolución se hizo en las mentes y en los salones parisinos antes que la conmoción se extendiera socialmente. Primero fue en las cabezas; luego, en las calles. Fue la dictadura de las abstracciones. Resultó la imposición violenta de las ideas. El fanatismo consideró que hacer realidad los conceptos requería regarlos con sangre. Con la sangre de quienes no compartieran sus postulados y tuvieran otros diferentes, por supuesto. No hay nada más opuesto al pluralismo que la *Volonté Général* de ROUSSEAU. Y la democracia de TOCQUEVILLE es necesariamente pluralista.

Por muchas razones es pues necesario releer a TOCQUEVILLE. Porque además de ser un teórico, procuró vivir según sus principios y valores. Porque, con aciertos y errores, fue, además, un político práctico. Pero un político no obsesionado por el poder, que por eso pudo estar ajeno a una *moral del éxito* de estirpe maquiavélica. Y de su *praxis* política, de esa experiencia de haber nadado en las aguas turbulentas de la vida pública francesa de su tiempo, extrajo criterios para analizar y juzgar conductas y procesos, sin atender a banalidades

<sup>4</sup> Cfr. VÍCTOR HUGO [1802-1885], *Les Misérables*, V, 1, 15. En la edición establecida y anotada por MAURICE ALLEM [1872-1959] (Paris, Gallimard, 1960) este remite la *Chanson de Gavroche* a una canción del poeta suizo JEAN-FRANÇOIS CHAPONNIÈRE [1769-1856] de 1817. Por su parte, la edición establecida y anotada por YVES GOHIN [...-2005] (Paris, Gallimard, 1973, 1999) la remite a una canción, también de 1817, de PIERRE-JEAN BÉRANGER [1780-1857]. Como se recordará, en *Los Miserables*, HUGO eleva a un rango cuasi mítico al condenado a trabajos forzados Jean Valjean; y a dos muchachos, Cosette —la inocencia perseguida— y Gavroche, que resulta la figura emblemática del coraje y la libertad. El pequeño Gavroche, nacido en 1820, muere en la insurrección republicana de París el 6 de junio de 1832. La *Chanson de Gavroche* en *Los Miserables* tiene el siguiente texto: *On est laid à Nanterre, / C’est la faute à Voltaire, / Et bête à Palaiseau, / C’est la faute à Rousseau. / Je ne suis pas notaire, / C’est la faute à Voltaire, / Je suis petit oiseau, / C’est la faute à Rousseau. / Joie est mon caractère, / C’est la faute à Voltaire, / Misère est mon trousseau, / C’est la faute à Rousseau. / Je suis tombé par terre, / C’est la faute à Voltaire, / Le nez dans le ruisseau, / C’est la faute à...*

o prejuicios, sino al tono moral que aporta a la política su dignidad inalienable como servicio al bien común. Por eso, resulta atrayente su relectura y ayudar a su relectura. En estas páginas se cita *in extenso* su pensamiento. Para que el lector, releendo sus palabras, viendo el texto en el contexto, pueda extraer sus propias conclusiones y formular su propio juicio.

La relectura de TOCQUEVILLE luce no solo conveniente sino necesaria porque su pensamiento, a menudo, ha sido visto con lentes ideológicos, poco dados al reconocimiento de la complejidad del proceso que TOCQUEVILLE intentó comprender, a pesar de las turbulencias sociales y políticas que siempre las revoluciones llevan consigo. La radicalidad ética del comportamiento político hizo que en 1848 (desde su discurso profético en la Asamblea a fines de enero hasta su visión de los hechos posteriores) llegara TOCQUEVILLE a lo que podría considerarse la madurez de su pensamiento. En todo su trabajo precedente puede observarse cómo, evolutivamente, su enfoque va logrando claves que aparecieron proyectadas con toda brillantez en *El Antiguo Régimen y la Revolución*.

Pero si *El Antiguo Régimen y la Revolución* es su obra maestra, la misma no puede considerarse como si fuera una cumbre aislada. Desde *La Democracia en América* hasta sus *Recuerdos*, hay en la obra de TOCQUEVILLE una continuidad, acompañada por una participación directa en la política práctica en medio de las convulsiones de la Francia de su tiempo. En TOCQUEVILLE se pone de relieve un afán de ser, más que el nuncio de los tiempos nuevos, el testigo y analista de un proceso que estima epocal. Siendo así, debía procurar conocerlo, comprenderlo y valorarlo, so pena de que la vida política de su patria y la suya personal fuera un continuo dar bandazos hacia un lado y hacia otro, con ausencia de un norte que seguir para llegar a un destino percibido como deseable.

La vida de TOCQUEVILLE fue corta. Estuvo marcada por la Revolución. Su historia busca lo medular y permanente, por encima de la menudencia de las crónicas que, con mucha frecuencia, se deleitan en todo lo que no es sustancia. Su historia fue, podemos verlo, historia política. Hizo historia política porque, además de historiador, fue político. Esa condición de protagonista del tiempo que va de Napoleón I a Napoleón III; de su participación en acontecimientos que resultan las secuelas inmediatas del fenómeno que ocupaba su reflexión permanente, le otorgó un tamiz de realismo y de protección —intelectual, moral y política— contra la dictadura de las abstracciones. Esa difícil mixtura le permitió ser, como con justicia se ha señalado, el historiador de la libertad posible.

Llamó la atención del joven TOCQUEVILLE que en Estados Unidos hubiera podido lograrse la gestación y consolidación de una visión republicana y democrática de la vida social, sin las tragedias que signaron el proceso francés y que habían afectado directamente a su propia familia. La guerra de indepen-

dencia norteamericana —corta en su duración—, a pesar de las heridas que en los combatientes siempre dejan los conflictos bélicos, no estuvo inspirada primariamente en una negación de la Inglaterra insular, de la que los estadounidenses, habitantes de la realidad continental de la América del Norte inglesa (*the Continent* en la expresión de los independentistas enfrentados al rey Jorge y al parlamento de Westminster), se sentían su proyección y continuidad, sin mestizaje alguno con los originales moradores de las nuevas tierras. La migración inglesa que pobló las pequeñas trece colonias entre el Atlántico y las Rocosas procuró evadir, en efecto, los traumas de la Revolución inglesa del siglo xvii, que junto a elementos propiamente histórico-políticos, y dando a estos una configuración muy particular, poseía ingredientes de violencia e intolerancia religiosa: entre puritanos y anglicanos; y de ambos contra los católicos. Recuérdese que en la *Carta sobre la Tolerancia*, uno de los padres del liberalismo democrático moderno, JOHN LOCKE [1632-1704], proclamaba la tolerancia entre anglicanos y puritanos; y expresamente la negaba (singular tolerancia, la de LOCKE) respecto de los católicos y de los ateos<sup>5</sup>.

En Estados Unidos, operado el nacimiento de la república federal democrática, no hubo manifestaciones de violencia asesina antireligiosa, como si la hubo en Francia. TOCQUEVILLE reflexionó sobre el carácter básicamente anticatólico del proceso revolucionario de su patria. Consideró, sin embargo, sin negar la persecución que se desató contra la creencia mayoritaria del pueblo francés, que no fue esa persecución la nota distintiva más resaltante del cambio histórico que se operó con la Revolución.

A pesar del agnosticismo de sus años de la juventud a su madurez no puede decirse, con propiedad, que haya sido un converso. Su vuelta a la práctica de la fe católica no estuvo marcada, como otros personajes de su tiempo, por muestras más o menos llamativas. Pienso, en este caso, en CHATEAUBRIAND [1768-1848]. *El Genio del Cristianismo*<sup>6</sup> apareció a inicios del siglo xix. Esa sí es la obra de un converso. CHATEAUBRIAND se convierte después de la muerte de su hermana y de su madre. Su madre muere a raíz de la Revolución de 1789, mientras estaba en el exilio en Londres. Eso, además dejó en él un profundo sentido de culpa. CHATEAUBRIAND había sido un ‘filósofo’ que se había preguntado cuál sería la religión que sustituiría al cristianismo. En su *Ensayo sobre las Revoluciones*, de 1797, sin embargo, da a la cuestión de las

<sup>5</sup> Cfr. JOHN LOCKE [1632-1704], *Ensayo y Carta sobre la Tolerancia* (trad. de Carlos Melillo [1942]), Madrid, Alianza, 2005.

<sup>6</sup> FRANÇOIS-RENÉ DE CHATEAUBRIAND, Vizconde de Chateaubriand [1768-1848], *El genio del cristianismo. Bellezas de la religión cristiana* (trad. de Manuel M. Flamant), Madrid, El Buey Mudo, 2010. (Esta edición recoge la versión castellana realizada por Manuel María Flamant, a mediados del siglo xix, para las ediciones de Gaspar y Roig, en Madrid. Tiene Introducción de JAVIER DEL PRADO BIEZMA [1940]). Cfr. sobre CHATEAUBRIAND, MARIO SORIA [1936], *Chateaubriand o un espíritu incorrecto*, Madrid, Criterio, 2001.



religiones gran importancia<sup>7</sup>. TOCQUEVILLE no hizo ningún alarde de anticristianismo en sus años de agnóstico. Y tampoco hizo clamorosa proclamación de su creencia cuando volvió a la práctica católica.

TOCQUEVILLE distinguió los tiempos democráticos como marcados por la búsqueda de la igualdad. La eliminación de los privilegios estamentales debería necesariamente, a su entender, evitar los riesgos de desviaciones tiránicas, ir siempre acompañada por la afirmación y respeto de las libertades personales y sociopolíticas.

Sin ser un filósofo político, TOCQUEVILLE partió de una antropología filosófica que podría catalogarse de realista, en el sentido aristotélico del término. El pensamiento de TOCQUEVILLE resulta, en este sentido, la antítesis del expuesto por los *philosophes* de la *República de las Letras*. No busca abstracciones, sino realidades. La camisa de fuerza de las ficciones gestadas y difundidas en las *sociétés de pensée* [las sociedades de pensamiento] terminaron por pretender imponer una libertad liberticida, porque la Libertad y el Pueblo (siempre con mayúscula en la retórica de cierto fanatismo ilustrado) nunca versaron sobre las realidades humanas en su dimensión social, sino que resultaron el nuevo dogmatismo de una *élite*, que aspiraba no tanto a los privilegios de la antigua nobleza, sino a constituirse en la aristocracia intelectual omnipotente rectora de los destinos de todos.

En estas páginas se verá no solamente el panorama general de la Ilustración y la acción de los enciclopedistas, sino también el aporte investigativo, imprescindible para una visión crítica de la historia revolucionaria, de AUGUSTIN COCHIN [1876-1916], historiador de *l'École de Chartres*, fallecido en la primera guerra mundial. También, por supuesto, el aporte notable de un grupo de muy distinguidos historiadores franceses, encabezados por FRANÇOIS FURET [1927-1997], vinculado en su juventud a *l'École des Annales*, quien animó, ya con rasgos propios, una de las vertientes más ricas del revisionismo histórico francés, rompiendo las barreras de los dogmatismos ideológicos y las rigideces partisanas de ciertas escuelas. Pretender comprender a TOCQUEVILLE ignorando o minimizando la historiografía francesa resulta algo absurdo... o deformador del pensamiento de TOCQUEVILLE.

Es interesante el TOCQUEVILLE sociólogo. Pero es mucho más importante, insisto, el TOCQUEVILLE historiador. TOCQUEVILLE, más que sociólogo, fue un historiador. Su historia tiene, sin duda, base sociológica, pero es, sobre todo, como se indicó, historia política. No podía ser de otra manera. TOCQUEVILLE fue un hombre comprometido con las complejas incidencias de su tiempo

<sup>7</sup> Cfr. FRANÇOIS-RENÉ DE CHATEAUBRIAND, Vizconde de Chateaubriand [1768-1848], *Essai historique, politique et moral sur les révolutions anciennes et modernes, avec les notes inédites d'un exemplaire confidentiel*, Paris, Acamédia, 1997. (Es la reproducción de la ed. de Garnier, Paris, 1861).

y en la vida de las instituciones de su patria. Fue miembro de la *Académie Française* y llegó a presidirla. Pero, además, fue, como político activo, dirigente de provincia, militante de partido, parlamentario, miembro de la Asamblea Nacional, y miembro del Gabinete como ministro de Relaciones Exteriores.

Siendo sobre todo historiador, su obra debe ser conocida en el contexto de la historia de la Revolución francesa, que, como es sabido, ha tenido y tiene más de una lectura. Por eso, se procura dar una sintética visión de esos distintos enfoques, que ayude a ponderar las coincidencias o las discrepancias de la visión de TOCQUEVILLE respecto de otros autores; y valorar su singularidad. Merece destacarse sí, que, al igual que TOCQUEVILLE, muchos de los historiadores de la Revolución han sido en Francia, simultáneamente, protagonistas de su proceso político.

Mucho más importante que *La Democracia en América*, en la consideración global de su obra, resulta, en mi opinión, *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Es su obra cumbre. El resto de sus escritos históricos complementan con *El Antiguo Régimen y la Revolución* su visión de la historia en la cual, como aventura de la libertad humana en el tiempo, siempre habrá, para el juicio de su análisis, una valoración de la condición moral de los sujetos.

Tanto en sus artículos de prensa como en sus intervenciones parlamentarias, más que a la defensa a ultranza de posiciones de bandería, TOCQUEVILLE se dedica, con afán pedagógico, a poner de relieve aquello que, según su percepción, constituye el elemento central, el fenómeno distintivo o la causa (en el sentido aristotélico de lo que confiere el ser) de las coyunturas de crisis o de los procesos que quiere describir, comprender y valorar. Porque la historia política de TOCQUEVILLE no es una historia marcada por la asepsia. No pretende jamás ese disfraz de “neutralidad” con el cual muchas veces se sirve a prejuicios ideológicos. Juzga el pasado como protagonista de un presente que se revela como su efecto inmediato. Su crítica abarca, así, tanto la acción singular pero determinante de figuras aristadas, como ambientes culturales y políticos en cuanto gestantes y responsables de una realidad frente a la cual no podía permanecer indiferente: la de su propia patria.

TOCQUEVILLE, como protagonista político, como analista social y crítico histórico, es un liberal *sui generis*. Defensor de la libertad, sí. Defensor de la igualdad, sí. Pero nunca jacobino. Tampoco liberal *tout court*, con ese liberalismo tan propio de no pocos liberales del siglo XIX, que pensaron sobre los rieles de un individualismo extremo, que les llevó a no reconocer la naturaleza social de la persona humana o a ignorar o minimizar al extremo la función del Estado en la búsqueda, siempre inacabada, en pro del bien común social<sup>8</sup>. Fue, por ello, un liberal incómodo para aquellos liberales diferentes a él, que

<sup>8</sup> Cfr. JEAN-CLAUDE LAMBERTI, *La notion d'individualisme chez Tocqueville*, Paris, Presses Universitaires de France [PUF], 1970.



se arrellenaban, con comodidad burguesa, en el orden establecido después de la Revolución de Julio de 1830, el cual, sin reeditar el Antiguo Régimen, dio vida, con Luis Felipe, a una monarquía que duró casi dos décadas. Al final de la Monarquía Burguesa, a fines de enero de 1848, aparece el diputado TOCQUEVILLE pronunciando en la Asamblea un profético discurso contra el reinado agónico de Luis Felipe y el Gobierno Guizot. Aquí se reproduce mi versión de ese discurso en cuanto no conozco un texto que lo haya divulgado de esa manera para el lector de lengua castellana. Este resulta de la mayor importancia, en cuanto la base argumental de su señalamiento político parlamentario coincide con el soporte ético-político de su crítica histórica.

Aunque KARL MARX [1818-1883] reside en su bienio parisino 1843-1845 en la Francia en la cual TOCQUEVILLE ya tenía una relevancia en la vida intelectual y política, se hacen solamente referencias tangenciales comparativas entre él y TOCQUEVILLE. Como se sabe, MARX fue expulsado de Francia en 1845 por el Gobierno Guizot, a petición del Gobierno de Prusia, marchando entonces a Bélgica, donde recibió la petición de la Liga de los Comunistas para escribir, junto con FRIEDRICH ENGELS [1820-1895], el *Manifiesto Comunista*, que sería publicado en Londres a inicios de 1848<sup>9</sup>. Se procura destacar que aunque TOCQUEVILLE habla de clases no lo hace en un sentido propiamente marxista.

En torno a la realidad de la vida social y política que le tocó vivir desarrolla TOCQUEVILLE su observación y su análisis. Por eso, en sus escritos aparecen consideraciones sobre la política, los políticos y los partidos políticos. Son los suyos señalamientos antológicos, que poseen notable actualidad. Quizá por incómodos, no suelen ser, en las turbulencias del presente, habitualmente recordados. Aquí se procura hacerlo para ayudar a combatir tan perniciosa amnesia.

También se refiere TOCQUEVILLE al poder local, a la prensa y a los empresarios. Y al ejército y a la guerra. Además, se encuentran en sus páginas extensas reflexiones sobre la religión y la vida social. Toman especial relevancia, en el orden histórico-político, además de todas sus consideraciones sobre la Revolución francesa, sus visiones analíticas sobre Napoleón I y el I Imperio; también sobre las coyunturas revolucionarias de 1830 y 1848, así como sobre el proceso que llevó al Príncipe-Presidente Luis Napoleón a convertirse en Napoleón III, en el parto del II Imperio.

En definitiva, a TOCQUEVILLE se le debe leer conociendo su tiempo. Solamente de esta forma puede verse el texto en el contexto. Solo ubicándolo en sus circunstancias puede apreciarse la hondura de su análisis y lo acertado o no de sus

<sup>9</sup> La Liga de los Comunistas encargó a MARX y a ENGELS la redacción del *Manifiesto*, llamado de ordinario *Manifiesto del Partido Comunista*, por su título en el original alemán [*Manifest der Kommunistischen Partei*] que fue publicado por primera vez en Londres el 21 de febrero de 1848.

opiniones. Por eso, se requiere, para aprovechar su relectura, conocer la historia de Francia. Como muchos lectores se quedan en la epidermis sociológica de los escritos de TOCQUEVILLE, por desconocimiento del proceso histórico-político de la Francia de la Revolución y de las conmociones que siguieron estremeciéndola a lo largo del siglo XIX, hasta el final del II Imperio, se ha procurado dar noticia sucinta de las coyunturas más importantes de esos períodos. Al texto sigue, además, una cronología que, a pesar de sus limitaciones, ayudará en algo a ubicar personas y sucesos.

De los acontecimientos importantes de la historia de Francia que enmarcan la vida de ALEXIS DE TOCQUEVILLE, se ha dado relevancia singular, como queda dicho, a los de 1848. No solo porque TOCQUEVILLE resultó el profeta de los hechos de febrero en su discurso parlamentario de fines de enero de ese año, sino también porque su visión analítica de la lucha revolucionaria parisina de junio lo destaca como uno de los más objetivos historiadores al respecto.

Siendo su historia una historia política tejida sobre consideraciones notables sobre la igualdad y la libertad, sobre las virtudes, defectos y riesgos de las sociedades democráticas, los textos de TOCQUEVILLE pueden y deben nutrir la tarea siempre actual de repensar la política. Sobre todo, por el énfasis resaltante, que brota de su honestidad intelectual, que pone al recordar que si la política no obedece a un imperativo moral y está regida, en sus sujetos, por criterios éticos, termina siendo un sendero tortuoso de miserias que ahogan la grandeza de los pueblos; y que permite que estos sean dominados por el maquiavelismo hecho poder, siempre alérgico al bien común.

Debo agradecer especialmente el generoso prólogo de RAFAEL ALVIRA DOMÍNGUEZ, profesor emérito de la Universidad de Navarra, antiguo Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y director-fundador del Instituto Empresa y Humanismo de dicha Universidad. Sus palabras, reflejo de la hondura y brillantez de pensamiento que distingue a toda su obra, constituyen el mejor prólogo que pudo tener este libro.

He utilizado para este estudio de TOCQUEVILLE la excelente edición de sus obras, publicada en tres tomos por la editorial Gallimard, en su fina y hermosa colección *Bibliothèque de la Pléiade*. Espero que las páginas que siguen ayuden a una fructífera relectura de este autor del siglo XIX. Esa relectura puede arrojar muchas luces para la reflexión crítica sobre este complejo tiempo de inicios del siglo XXI.

JRI

Bogotá, mayo de 2015.